

diato del demonio, pudiese negarle el de trasferir también los sortilegios, limitándose á sostener que en los casos especiales repugnaba al buen juicio el creer estos, y sobre todo su número.

Y no se diga que fué obligado á hacer esta concesion á su siglo, pues que cuando Juan Reinaldo Carli (1) y Escipion Maffei (2) negaron todo poder diabólico inmediato, Tartarotti creyó de su deber impugnarlos y hacer ver que, teniendo por ilusiones los maleficios, no habia oído se pusiera en duda el poder del demonio; tanta era la fuerza que necesitaba la razon humana para emanciparse de las preocupaciones en que habia sido educada (3).

La gran importancia que tuvo la oposicion la demostró el padre Concina, que en su extensa obra publicada despues de 1750, aceptaba como opinion comun todos los prodigios de las hechiceras, y especialmente los de los concumbentes (4).

No dirá que he sido muy prolijo sobre este asunto quien por él comprenda cómo á los dichos hombres del siglo XVI amenazaban por un lado el terror de los poderes maléficis, y por otro la espada de horribles cuanto irreparables procesos; quien considere que durante la continuacion de este libro tendremos que hablar de herejes, contra los que se instruian los mismos procedimientos y se imponian los mismos suplicios y las mismas penas, las cuales se trasmitian hasta los hijos (5); quien reflexione, por último, que sirven mucho para

(1) « Cartas del Pr. J. R. Carli al G. S. G. Tartarotti acerca del origen y falsedad de la ciencia de los magos y de las brujas. »

(2) *Arte magica dileguata*. Verona, 1750. En el mismo año se publicó en Venecia una contestacion á esta obra titulada *Observaciones sobre el opúsculo*. Impugnacion del arte magica por un sacerdote del oratorio, para demostrar que ántes y despues de Cristo siempre hubo magos y brujas, en la cual se aducen todos los pasajes de los santos padres, que tratan, segun parece, de las brujerías.

(3) El que quiera enterarse de lo relativo á aquella supersticion, puede consultar, ademas de los citados, á

CALMET, *Sobre la aparicion de los espiritus y sobre los vampiros*.

LE BRUN, *Histoire des pratiques superstitieuses*.

LE GENDRE, *Traité de l'opinion*.

CONSTANTINO GRIMALDI, *Della magia naturale y artificiale, etc.*

FRAY PABLO SARPI, *Discorso sopra l'Inquisizione dello Stato veneto*.

FELIPE DE LIMBROCHI, *Historia de la Inquisicion*.

LAMI, *Lecciones de antigüedad etrusca* XV, XVI, XVII.

En mi *Historia de la diócesis de Como*, libro VII, pág. 97 y siguientes, he tratado extensamente de los procedimientos inquisitoriales, citando también una sentencia motivada. Pueden verse otros varios en el MAZZONI TOSELLI, *Origini della lingua italiana*, t. III, pág. 880, 1043, 1076, 1360.

(4) *Communis catholicorum sententia docet re ipsa hanc commutationem demonum mulierumque accidere*. Theol. Christ., t. III.

(5) Los hijos de los herejes, aunque fuesen buenos Católicos, eran privados de la herencia paterna. Los herederos de un reo tenian obligacion de cumplir el castigo que á aquel se le imponia. Puede privarse de los cargos públicos y dignidades á los protectores, hijos y herederos de los herejes. Puede declararse hereje á cualquiera despues de su muerte y confiscarle los bienes; así que el delito de herejía no se extingue ni aun con la muerte. El diocesano no percibe nada de los bienes confiscados: se da una tercera parte de ellos al Comun, donde se sigue la condena, la otra á los oficiales del Santo Oficio, y el resto se emplea en favorecer la fe y extirpar las herejías, RATEGNO.

descubrir las faltas cometidas por los sabios y por el pueblo las violencias atroces y legales de los tiempos pasados, porque cada uno comete las suyas; y se persuada por tanto que ha de llegar un dia en que caerá sobre ellos la infamia y la maldicion de sus descendientes (1).

CAPÍTULO XVI

Preludios de la Reforma.

El que observase la universal corrupcion de una sociedad que habia perdido los sentimientos caballerescos, y no gozaba aun de la tranquilidad de la razon, no podria ménos de desear que á este paganizamiento, si así puede llamarse, de las costumbres, de las artes, de la política y de las letras, sucediese una Reforma. Hemos visto en otra parte que la virtud de Gregorio VII y las instigaciones y ejemplos de los Santos Francisco y Domingo apartaron al mundo del foco del vicio; pero los tiempos habian cambiado. En la edad média, los esfuerzos hechos por el Cristianismo habian fomentado una sociedad que prevalecia ayudada por la mano de Dios. Y Dios, único origen de todo poder, encargó este á su vicario en la tierra, el cual, por hallarse ocupado en la conservacion de las almas, de la integridad del dogma y de la pureza de las costumbres, habia confiado uno de sus dos cargos al emperador; y este, ungido por Cristo en la tierra, se consideraba como jefe de los reyes y como representante del poder temporal de la Iglesia en aquella gran union, que religiosamente se llamaba *Catolicismo*, y en el órden terrenal estaba representada con el título de *Sacro Romano Imperio*. Idea sublime, que colocaba al mundo, no ya al arbitrio de la fuerza, sino bajo la proteccion del pensamiento: que no elegia á los reyes por derecho de conquista ó nacimiento, sino por medio de la fe y de la opinion; que evitaba frecuentemente las guerras y siempre las hacia ménos sangrientas; que garantizaba á los reyes y á los pueblos de sus mutuos atentados, llamando á unos y otros para que diesen cuenta de su conducta delante de un tribunal, que, aunque débil, era poderosísimo, porque estaba fundado sobre la conciencia de los pueblos.

Á aquel gran pensamiento se oponian muchos obstáculos, segun hemos visto: así es que quedaron mal determinados los límites de las dos autoridades. Los papas, por su propia seguridad en tiempos de turbulencia, y cuando todos los poderes provenian de la posesion de las

(1) En el *Spiritual Magazine, Rivista dell' Altro Mondo*, que en América sale á luz, dice la entrega del mes de enero de 1860: « Fué el señor John Quincy Adams del Ohio llevado á una distancia de cerca de una milla por el aire, por una accion espiritual ó sobrenatural... Al señor M. J. R., escudero, le sucedió varias veces que se vió levantado el cielo raso de su aposento, en medio de un círculo de amigos, que se quedó suspendido en él un tiempo suficiente para poder escribir en aquella posicion, por manera que hasta en el dia de hoy están en el cielo raso las señales negras de su lápiz. » (Nota de 1862.)

tierras, tuvieron que procurarse un dominio temporal; pero esto fué causa de que tomasen mas de una vez por supremacia régia lo que era tutela y arbitramento, establecidos por la conciencia universal y fundados en un reino que no es de este mundo. Los emperadores pretendian á porfia dominar á los reyes y tener bajo su tutela á los papas, aunque no conviniese á la independencia de los primeros, ni tampoco á la dignidad del padre comun de los fieles. De aquí resultó la larga lucha entre el derecho espiritual y temporal, que, aunque conciliada, no fué posible arreglarla nunca; porque si bien sus transacciones impedian excederse á uno y otro, no dejaban tampoco que desplegasen enteramente su benéfico influjo.

Verdad es que los pontifices consiguieron deterrar el islamismo de Europa, contenerlo en el Asia por medio de las Cruzadas, librar de las voluptuosidades de los reyes la inviolabilidad del matrimonio y la honra de las familias, y reformar la disciplina sacerdotal, que estaba relajada por su contacto con los intereses de los nobles; pero no consiguieron afirmar jamas las relaciones que mediaban entre Estado y Estado, porque se lo impedian el feudalismo, los hábitos del Norte, y las costumbres de aquel tiempo.

Entretanto se multiplicaban los descubrimientos, y con las nuevas ideas nacian nuevas necesidades: una literatura rejuvenecida buscaba la educacion en otras fuentes distintas de las del Cristianismo; el derecho romano hacia admirar las disposiciones de rigorosa unidad de los antiguos, en lugar de las instituciones patrias y de las franquicias locales: la admiracion de lo bello de las sociedades clásicas impedía se apreciase lo bueno de las modernas; las nuevas instituciones sociales habian plantado en los gobiernos legos el poder absoluto; las ciencias salian del santuario; no era la devocion lo que alimentaba á las bellas artes; la doctrina, difundida con gran impulso, no podia limitarse á un centro; á la fe se habia sustituido la duda, esta corrompia las costumbres, y las costumbres influían extraordinariamente sobre las creencias.

Era necesario por tanto introducir una Reforma. La Iglesia que, inmóvil en el dogma, se habia acomodado siempre á las exigencias de los tiempos en su aplicacion y en la disciplina, no celebró nunca una de sus solemnes reuniones sin proponer leyes de mejora; y singularmente en los dos últimos concilios celebrados en Constanza y Basilea, que fueron para la Reforma lo que la asamblea nacional para la Revolucion francesa, se habia pedido en alta voz el arreglo de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros. Si se hubiera procedido á él con franqueza y armonía, se habria evitado el mal; pero en vez de esto dejaron que la llaga se gangrenase, de tal modo que en la religion y en Roma misma, donde se halla su cabeza, habia llegado á arraigarse mucho la corrupcion y el espíritu secular de entónces. Las llaves de San

Pedro eran codiciadas, no porque abriesen las puertas del cielo, sino porque eran de oro; los cardenales nombrados por medio de proteccion, por condescendencia con los príncipes y por dinero, no llegaban á ser santos, segun decia Bellarmino, porque aspiraban á santísimos; las Iglesias se confiaban, no conforme al mérito, sino á la importancia de las familias, y la curia romana pensaba mas que nada en reportar utilidad de las vacantes y de las colaciones, multiplicando los derechos de cancelleria. Los obispos obraban generalmente del mismo modo; y trataban de sacar el mayor beneficio posible: hacian se nombrasen coadjutores por medio de dinero, lo cual era un recurso para transmitir también el obispado á los que se llamaban sobrinos: y el que renunciaba la silla se reservaba la colacion de los beneficios y de algunas rentas.

Habiéndose dado entónces las dignidades á los ricos como beneficios simples, se introdujo la ubicuidad, es decir, el poder disfrutar de sus rentas en cualquier parte donde se hallasen: de suerte que uno podia ser cardenal de una iglesia de Roma, obispo de Chipre, arzobispo de Glocéster, primado de Reims y prior de Polonia, y despachar también á la vez en la corte del rey cristianísimo los negocios del emperador (1). Los obispos, ineptos y amantes de la buena vida mas que de vivir bien, en vez de entregarse al cuidado de sus diócesis, las abandonaban al de los vicarios espirituales, llamados sufragáneos, y con el objeto de sacar de aquellas el mejor partido, elegian frailes mendicantes que no gastaban en lujo ni recibian presentes. Estos, llenos ya de privilegios, volvieron á obtenerlos de nuevo de Sixto IV, llegando hasta amenazar con la destitucion á los párrocos que no respetasen el privilegio de recoger las limosnas que debian ofrecer los fieles para ganar ciertas indulgencias, ó que de cualquier modo les incomodasen (2). A ellos se les dió el encargo de vender las indulgencias; pero las ventajas que les proporcionaba su opinion de santidad causaron á esta gran daño, y su órden llegó á desacreditarse. Las dignidades en ella se buscaban con gran empeño, y « se cometian homicidios, no solo por medio del veneno, sino también públicamente con el puñal y la espada, por no decir con escopetas (3). » Los obispos se

(1) Juan de Médicis, que despues se llamó Leon X, siendo jóven aun, se encontraba de canónigo de las catedrales de Florencia, de Fiesola y de Arezzo, rector de Carmignano, de Giogoli, de San Casiano, de San Juan de Valdarno, de San Pedro de Casal, de San Marcelino de Cacchiano, prior de Montevarchi, cantor de San Antonio de Florencia, preboste de Prato, abad de Monte Cassino, de San Juan de Passignano, de Santa Maria de Morimundo, de San Martin de Fontidolee, de San Salvador de Vajano, de San Bartolomé de Anghiari, de San Lorenzo de Coltibuono, de Santa Maria de Montepiano, de San Julian de Tours, de San Justo y de San Clemente de Volterra, de San Esteban de Bolonia, de San Miguel de Arezzo, de Claraval cerca de Milan, de Pin en el Poitou y de la Chasse-Dieu cerca de Clermont. FABRONI.

(2) La citada bula de 31 de agosto de 1474 se llamaba, segun los frailes, *mare magnum*.

(3) Ms. sp. RANKE.

conferían principalmente en Alemania á los hijos menores de las grandes familias, los cuales llevaban consigo pasiones é inclinaciones profanas; y algunos prelados, siendo también príncipes, descuidaban al pueblo, que careciendo del pasto espiritual, se escandalizaba de su libertinaje y opulencia, la cual les servía para todo ménos para lo que la Iglesia y los devotos la había destinado.

Contra los poderosos pontífices de la edad média se habían elevado algunas quejas, como la de Arnaldo de Brescia y la de los albigenses; pero se hacía poco caso de los innovadores, en atención á que el hombre siente mas que piensa y á que no examina sino despues de haber creído. Sin embargo, la opinion, fundamento del poder papal, se había relajado por su permanencia en Aviñon, y por las contiendas habidas con Felipe el Hermoso y con los otros reyes, en que se habían descubierto á porfía las faltas de cada uno; en el cisma occidental, la unidad de la Iglesia, destinada á poner de acuerdo á los príncipes, había llegado á ser un motivo de discordia: se dudó por espacio de cuarenta años de la prometida perpetuidad de aquella, y los papas, que hasta entónces fueron los mayores competidores de los tronos, tuvieron necesidad de acogerse bajo la proteccion de los reyes para sostener la verdad y combatir el error. Los reyes entónces, dispuestos á reunir en sí solos el poder, anularon las antiguas prerogativas de Roma: Eduardo III le negó el tributo; Fernando, á pesar del título de Católico, le hizo la guerra; los concilios de Basilea y de Constanza se aclamaban superiores al pontífice, negando á la Iglesia aquella monarquía que precisamente entónces se robustecía en el órden civil.

En la general inclinacion de aquel siglo á consolidar los reinos sobre las ruinas de las repúblicas y de los Comunes, los papas trabajaron también con empeño en lo que hacía relación á los intereses temporales, y quisieron dar destinos á sus propias familias, adulando por un lado á los poderosos para que no se opusiesen, y oprimiendo por otro á los débiles para sacar partido de ellos. Tanto por esto, cuanto por robustecer su soberanía temporal con menoscabo de los pequeños señores de la Romanía, que eran los que embarazaban su autoridad, adoptaron una política infame, llena de violencias y engaños. Alejandro IV nos presenta un mal ejemplo de esta política; sin embargo, aunque como hombre era perverso, no lo fué como papa, conviniendo sus contemporáneos en alabarle de haber reprimido á los pequeños tiranos, y en que en él eran iguales los vicios y las virtudes.

Los papas.

Julio II tuvo un espíritu guerrero parecido al de los obispos del siglo XI, y como había adquirido sin violencia la posesion de Urbino, no cuidó mas que de robustecer á la Iglesia: no nombró cardenales á los individuos de las casas ricas; puso en órden al Estado, el cual se ha-

llaba en tal desconcierto, que hasta en la misma Roma había fuertes combates: entregó el gobierno á los barones, y hubiera sido un héroe, si las armas y la arrogancia no fuesen tan grandes inconvenientes para el sucesor del pacífico pescador de Galilea. Pero el verle obligado á acampar bajo el tiro de los cañones, nos muestra que aquella era una época en que los reyes creían todavía en Dios, pero no en el papa; muy diferente de cuando una sola palabra de Gregorio VII bastaba para humillarlos á sus piés.

Le sucedió despues en el trono Leon X, hombre jóven, instruido, amable, pacífico, que buscaba lo que podía agrandar á su imaginacion, ya componiendo música y cantando en voz baja las arias, ya haciendo representar las comedias de Maquiavelo y de Bibiena, ó disponiendo los burlescos triunfos de Querno y de Baraballo. Inquietaba á su maestro de ceremonias saliendo sin el roquete y algunas veces hasta con botas; pasaba cazando días enteros en Viterbo ó en Corneto, y pescando en Bolsena: besó á Aretino y á Ariosto, y aceptó la dedicatoria que este le hizo de su inmoral poema, así como la del viaje de Rutilio Namaziano, uno de los últimos paganos mas encarnizados contra la religion católica; amenazó con la excomunion á quien reimprimiese á Tácito ó Ariosto, y admitió las anotaciones que Erasmo puso en el Nuevo Testamento, las cuales fueron despues incluidas en el índice. En suma, era un hombre honrado y un mal papa: en su coronacion, que fué dispuesta con las funciones y regocijos de un gran príncipe, se gastaron 100,000 cequies, para lo cual empeñó las joyas de San Pedro despues de haber consumido el tesoro que Julio II había reunido para arrojar á los Bárbaros de Italia: y vendió tantos empleos, que aumentó hasta 40,000 cequies los gastos anuales de la Iglesia, agravándola despues con una crecida deuda.

También le atormentaron las ambiciones de familia, por las que intrigó con los príncipes, y tuvo que apelar á castigos injustos; de tal manera que el pueblo decía que « se elevó al poder deslizándose como una zorra, reinó como un leon, y acabó como un perro. »

No obstante, fué en extremo íntegro en el modo de conferir los beneficios, encargando á los príncipes vecinos no le obligasen á conceder gracias que le pudiesen causar arrepentimiento y vergüenza, y prefería socorrer de su propio peculio á los menesterosos. Cuidó también de destruir los restos de los hussitas en Bohemia, de difundir el Catolicismo entre los Rusos, fundar Iglesias en América, convertir á la fe á los Abisinios; logró extinguir el cisma que amenazaba en el concilio de Pisa, y abolir la pragmática sancion en Francia, y se dedicó enteramente á poner en paz á los príncipes cristianos, con el fin de que hiciesen la guerra á los Turcos.

La influencia del gentilismo había llegado á penetrar, sin embargo, en la corte pontificia,

donde se protegía á los hombres de mérito, sin atender al modo con que hacían uso de su talento. Bembo, que en sus versos manifestaba preferir el placer de ver á su señora al que gozan los elegidos en el cielo (1), al hablar del tribunal apostólico, dice: que Leon X fué elegido pontífice por el favor de los dioses inmortales; cita los votos hechos á la diosa lauretana, el modo de calmar á los manes; habla de los dioses subterráneos, del espíritu del céfiro celeste, y llama colegio de los augures al de los cardenales (2).

Leon X inducía á Francisco I á hacer la guerra á los Turcos per deos atque homines. Al abrirse el concilio de Trento, el obispo Cornelio Musso dijo, que los prelados debían entrar en él como los guerreros de Grecia lo hicieron en el caballo de madera. Sadoletto, aunque era uno de los mejores autores de aquel siglo, compuso una obra para Juan Camerario con el fin de consolarlo por la pérdida de su madre, reducido todo á tratar de la resolucion y grandeza pagana, sin mencionar siquiera los argumentos mas poderosos que ofrece la religion.

Rara vez la forma deja de influir sobre las ideas; el esplendor de la regenerada antigüedad había deslumbrado de tal modo los ánimos que no se conocía ya el Cristianismo: por todas partes reinaba una pereza burlesca y voluptuosa que ni aun se tomaba el trabajo de pensar, y que llamaba filosofía á la indiferencia exterior, al estar echado con el vaso en la mano, y al acabar con las ciencias. En efecto, el mismo Bembo, monseñor de la Casa, el cardenal Hipólito de Este y otros muchos, no solo tenían, sino que hacían alarde de tener hijos: Casa pidió el capelo, no porque lo mereciese, sino « en atención á su eterna lealtad y á los francos y desinteresados servicios que había hecho siempre á los Farnesios. » En la casa de campo llamada Pia, que Ligorio hizo para descanso de los papas, todo era pagano, no solo en su construcción, sino también en el decorado y en la forma. El cardenal Bibiena hizo edificar una casa de campo en el Vaticano con ninfas voluptuosas, pintadas por Rafael; sobrepujaba en lujo á lo mas espléndido de la corte de Leon X; dirigía las mascaradas durante los carnavales, é indujo al papa á que hiciese representar la *Mandrágora* de Maquiavelo y su *Calandria*, cuyas escenas demasiado impúdicas para un lupanar hicieron reír á Leon, á Isabel de Este y á las señoras mas elegantes de Italia. No había hombre igual para volver locos á los mas

(1) Si algun dia pudiera por mi dicha fijar mis ansiosos ojos en ella cuando yo quisiera, no hay en el cielo un bienaventurado con quien quisiera cambiar mi felicidad.

(2) En otra parte hace que el Senado escriba al papa *uti fídat diis immortalibus, quorum vices in terra gerit*; y que Leon X amoneste á los de Recanati *ne tum nos, tum etiam Deam ipsam (la Virgen) inani donacione lassisse videamini*; y también *litare diis manibus* y la misa de los muertos; un moribundo se apresuró: *deos superos manesque placare*; San Francisco *in numerum deorum receptus est*. Véase también pag. 45.

juiciosos: se alegraba de que Julian de Médicis llevase á Roma á la princesa su mujer, y la ciudad entera decía: « Alabado sea Dios, pues aquí no faltaba sino una corte de señoras, y esta nos traerá una y hará la cruz romana perfecta (1). »

Ronsard, Montaigne, Codino y Maquiavelo... no saben admirar otra civilización sino la anterior al Cristianismo; Erasmo invoca el nombre de Sócrates; Marsilio Fidino enciende una lámpara al busto de Platon. Había mas: era tal la afición á las cosas de la antigüedad que Pedro Pomponazzi, mal filólogo y peor lógico, pero orador ingenioso y vivo, sostenía que las almas eran mortales, y alguno hubo en Roma que quiso probar á Erasmo no haber diferencia entre las de los hombres y las de los animales, no creyendo fuese caballero ni buen cortesano aquel que no había formado algun juicio erróneo ó herético sobre los dogmas de la Iglesia (2).

Por una parte existía la afectación en la ciencia y en las costumbres clásicas; por otra, la ignorancia ocupaba los púlpitos y las rectorías. La teología se colocaba las mas veces en lugar del Evangelio, y se hacía una distincion de las cosas que eran verdad con arreglo á la filosofía, pero no teológicamente, valiéndose de métodos escolásticos en extremo áridos. En los predicadores, dominaba un gusto depravado; confundían lo sagrado con lo profano, lo grave con lo burlesco, buscando un estilo nuevo, extraño, y sorprendente. Preguntado Monseñor Bembo por qué no iba á los sermones, respondió: « ¿ Á qué he de ir? Allí no se oye otra cosa mas que charlar al doctor sutil contra el doctor angelico, y despues poner á Aristóteles por mediador para terminar la cuestion (3). » Ya hemos hablado de Gabriel Barletta, de Menot, de Maillard (4), que si bien pertenecen al siglo anterior, también fueron respetados en este, segun lo prueban las repetidas ediciones (5) que se hicieron de sus obras, y la celebridad que obtuvieron fray Mariano de Genazzano, Paulo Attavanti, el cual cita muy frecuentemente á Dante y Petrarca, jactándose de ello en el

Predicadores.

(1) *Lett. de Pr. I, 16*. Jove nos pinta su carácter de este modo: « Accesserat et Bibienae cardinalis ingenium, cum ad arduas res tractandas peracere, tum maxime ad movendos iocos accommodatum. Poeticae enim et etruscae linguae studiosus, comedias multo saepe multisque facetiis refertas componebat, ingeniosos juvenes ad histrionicam hortabatur, et scenas in Vaticano spatiosis in conclavibus instituebat. » Propterea, quum forte Calandram á mollibus argutisque leporibus perjuendam... per nobiles comados agere statuisset, precibus impetravit ut ipse pontifex e conspicuo loco despectaret. Erat enim Bibiena mirus artifex hominibus atate vel professione gravibus ad insaniam impellendis, quo genere hominum pontifex adeo oblectabatur, ut laudando, ac mira eis persuadend donandoque, plures ex stolidis stultissimos, et maxime ridiculos efficere consuevisset. »

(2) CARACCIOLLO, *Vita* ms. de Paulo IV.

(3) LANDI, *Paradossi*.

(4) Véase tomo IV, pag. 421.

(5) Los sermones de Barletta fueron impresos en Paris en 1527, y en Lyon en 1536. Los de Menot, publicados en Paris en 1519, se volvieron á imprimir en la misma ciudad en 1526, despues en 1530 y otras muchas veces. De Maillard existe una edicion hecha en Lyon en 1498, otra en Paris de 1511 al 1530 pag. 45.

preámbulo, y fray Roberto Caracciolo de Lecce, quien recibió en alabanza muchas reliquias, honrosos encargos, mitras, y el título de nuevo San Pablo.

Otros autores mas vulgares escribían entre tanto para el pueblo, enseñando errores y supersticiones, y concluyendo necesariamente con pedir limosna (1). Cada orden, cada pueblo, cada Iglesia, veneraba un Santo particular, en cuyos panegíricos se cometían absurdos sin fin, y había empeño tanto por simplicidad como por malicia en multiplicar sus milagros, sus gracias, sus reliquias, y procurarles un culto que en el vulgo rayaba fácilmente en idolatría.

Aquel sentimiento, mas bien humano que religioso, que nos une á los que nos precedieron en este destierro, y que nos esperan en el cielo, había sido consagrado por la fe, estableciendo una sociedad entre nosotros militantes y la Iglesia sufragante; de tal modo que las oraciones y las buenas obras pueden convertirse en alivio de las almas que nos esperan. Pero en aquella unión entró despues la vil idea de la ganancia, y los sufragios se redujeron casi solo á misas y oficios que fácilmente daban idea de mercado y de industria.

Demasiadas ocasiones se nos presentarán para decir lo que aquellas supersticiones crecieron entre los creyentes; y no es necesario discurrir mucho para comprender cuánto influyen en la conducta semejantes creencias. El gran rigor que ejercía el Santo Oficio, era tambien un síntoma de decadencia, porque el poder espiritual no puede establecerse sino con el consentimiento de todas las voluntades; y el recurrir deliberadamente á la fuerza material, demuestra una gran debilidad.

Esta pudo muy bien pasar inobservada en tiempos de sencilla ignorancia; pero entonces se dulcificaban las costumbres, se difundía la ciencia, y se introducía la duda erudita. Los filósofos son los primeros que dudan de las ideas establecidas, y luego la generalidad adopta su opinion. La filosofía, despues que los doctores quisieron unirla con la ya abatida religion, había degenerado en disputas, alimentadas por la rejuvenecida jurisprudencia romana, y por los estudios orientales, que por una parte inducían á la teurgía, y por otra, interpretaban nuevamente con audacia los libros divinos. Por el contrario, los humanistas admiraban el arte, y un epigrama, un opúsculo, pasaban con rapidez de un límite á otro de Europa en la lengua comun de los literatos. El alto clero, ocupado con los cuidados del siglo, no pensaba en instruirse en aquella fe que tenía obligación de difundir y conservar sin mancha: y los inferiores suelen seguir el ejemplo de sus jefes. Los monasterios, centros ántes de la actividad del pensamiento y de las artes, habían descendido á la debilidad de la vejez y á la molicie de

(1) Decía uno: « Me preguntáis, queridos hermanos, cómo se entra en el paraíso. Las campanas del monasterio os lo enseñan con su sonido, dan-do, dan-do, dan-do. »

la opulencia: el gran número de frailes que se hallaban ocupados en copiar los manuscritos, se vieron reducidos al ocio con motivo del establecimiento de la imprenta, y se lanzaron á defender cuestiones tan sutiles como poco importantes, mientras la rejuvenecida literatura desechaba las necedades y delirios escolásticos que habían reemplazado á la sólida ciencia.

La Iglesia desde su principio había traducido la Biblia en idioma vulgar, de modo que existe en latin desde el siglo primero: Ulfilá la tradujo despues para uso de los Godos, y otros hicieron lo mismo para los demas pueblos convertidos. Solo Italia carecía de ella, y Nicolas Malerbi, despues de la época de Jacobo de Varagine, obispo de Génova, publicó una version en Venecia en 1471, que se reprodujo cerca de treinta y tres veces: en 1486 se imprimieron « los cuatro tomos del Evangelio traducidos por » fray Guido, con sus exposiciones hechas por » fray Simon de Cascia (1). » Passavanti se quejaba de los traductores de la Sagrada Escritura, « la cual envilecen de diversos modos: unos la » desvirtúan con su estilo cortado, como los » Franceses y los Provenzales; otros con su » oscuro lenguaje la confunden, como los Alemanes, Húngaros é Ingleses; otros usando del » idioma vulgar, necio y toscano, la violentan » como los Lombardos; otros sirviéndose de » vocablos antiguos y dudosos la oscurecen, » como los Napolitanos y los Regnicolas; otros » con su áspero acento la corrempen, como los » Romanos; otros muchos empleando la lengua » de las playas, de los Alpes ó de los labriegos, » la endurecen, y otros ménos mal que los » demas, como los Toscanos, maltratándola, la » adulteran y denigran, entre los cuales, los » Florentinos con vocablos confusos y afectados » y con su modo de hablar á estilo de Florencia, extendiéndola y haciéndola muy pesada, » la alteran y trastornan por medio de las palabras » *bras occi* y *poscia*, *aguale*, *pur dianzi*, *mai pur si* y *berrettegiate* (2). »

Censurábase, pues, la forma, no se condenaba el fondo, y Leon X hizo empezar á su costa la impresion de una nueva traduccion latina de la Biblia por Sante Pagnini de Luca (3), que

(1) Antonio Brucioli, de Florencia, en 1538 publicó una traduccion completa de los libros sagrados, que fué puesta en el índice, y se le tiene por protestante aun cuando parece que nunca apostató.

(2) *Specchio di penitenza*.

(3) Este compuso el *Thesaurus linguæ sanctæ* (1529); y es admirable que en tiempos en que había tan pocos medios, se emprendiese una obra que ni aun hoy se encontraría quien se atreviera á reproducirla. El primer Cristiano que enseñó el hebreo en Italia parece fué Félix Prato, Hebreo convertido, el cual en 1518 publicó la traduccion latina de los salmos, y fué llamado á Roma por Leon X en 1518. En aquel tiempo lo enseñaba tambien Agatias Ciudadacerio, de Catania, llamado despues por Francisco I para que explicase en el colegio de las tres lenguas, donde le sucedió Pablo Paradissi de Canossa. En 1514 se publicó en Fano, en la imprenta fundada por Julio II, una coleccion de oraciones en árabe. (Schnurrer, *Bibl. arábica*, p. 231-34.) Pagnini empezó en Venecia la edicion original del Corán (ib. p. 402.) En 1513, se publicó en Roma el Salterio en etiope (Le Long, *ediz. Masch*, vol. I, part. II, p. 146); y despues en 1548 el Nuevo Testamento bajo la direccion de

interrumpida con motivo de la muerte de aquel pontífice, la publicó despues en Lyon en 1527. Pantaleon Justiniani, que fué fraile agustino de Génova y despues obispo de Nebbio en Córcega, emprendió la publicacion de la Biblia en latin, griego, hebreo, árabe y caldeo, y empezó la impresion del Salterio dedicado á Leon X en 1516, dividido en ocho columnas, una con el texto hebreo y seis con las interpretaciones y notas; pero de los dos mil cincuenta ejemplares que se tiraron, apénas halló compradores para la cuarta parte; los demas perecieron con él en el naufragio ocurrido el 1536. No había nadie entonces que no tuviese Biblias anteriores á la Reforma (1).

Pero entretanto la filología había nacido, y la crítica, valiéndose de los autores profanos, había aprendido á emplear sus sutilezas en los textos sagrados; con el deseo de una adquisicion nueva todos querían buscar en ellos interpretaciones á su manera. El gran Reuclin, que conocía la importancia de los estudios orientales, hizo muchas correcciones en la Vulgata, publicó una gramática y un diccionario de lengua hebrea, y habiendo los inquisidores de Colonia pedido al emperador fuesen quemados todos los libros hebreos, excepto la Biblia, él se opuso á su demanda, y ésta contienda dió gran popularidad á aquella cuestion. Los espíritus apocados se escandalizaron de semejante conducta, pero Roma salió á su defensa, fiel en tolerar con prudencia hasta donde no peligrase la unidad de la fe.

Es digno de notarse el atrevimiento con que por toda la Cristiandad, y en Italia mas que en ninguna parte, se censuraban los defectos de la corte romana y los abusos que se habían introducido en la Iglesia. Dante y Petrarca hablaron de ellos con violencia, y sin embargo sus libros no fueron reprobados ni prohibidos. Los novelistas abundaban en argucias y aventuras acerca de los monjes. Poggio, secretario que fué de tres papas, pinta en una carta que escribió á

Mariano Vittorio de Rieti, que cuatro años despues dió á luz la primera gramática abisinia. (Colomesii, *Ital. Or. ad nomen*.) Teseo Ambrosio, descendiente de los condes de Albonese, enseñó en Bolonia el idioma caldeo, sirio y armenio, de los cuales así como de otros diez publicó una introduccion (Pavia, 1539) con los signos de cuarenta alfabetos. Y son tantos los trabajos de interpretacion sagrada hechos en aquel tiempo que M. Cree se admira de la Providencia que hacía que los Católicos afilasen las armas que debían traspasarlos.

(1) Existe una Biblia en alemán sin fecha, segun se acostumbraba en los primeros tiempos de la imprenta. Fust publicó una en 1472, otra apareció el mismo año y otra en 1493: de la que se publicó en Nuremberg el 1477 se hicieron tres ediciones anteriores á la de Lutero; la que se dió á luz en Augusta el mismo año, tuvo al ménos ocho ediciones. En Francia se publicó una el 1478; otra por Medard el 1484; otra por Guiars de Moulins en 1487, y otra por Jacobo Le Fevre en 1512. En la Biblia Sagrada del P. Le Long, ad *Biblia gallica* existe una larga lista de las biblias francesas. En 1475 se imprimió en Colonia la flamenco, publicada de nuevo tres veces ántes del 1488; despues se hizo otra version de ella en 1518. Existe una en idioma bohemio de 1488. Tomas Moor (*Dial. III, 4*) dice que « mucho tiempo ántes de Wicleff, fué traducida la Sagrada Biblia en idioma inglés por hombres virtuosos y eruditos y leída por las personas buenas y piadosas con devocion y sobriedad. »

Leonardo Bruno, el castigo que sufrieron Juan Huss y Jerónimo de Praga, compadeciéndose de ellos y dirigiendo invectivas contra Roma. Sus desvergonzados chistes, en que á la vez que á la democracia, á la aristocracia, á los eruditos y á los oradores, se ofende á los eclesiásticos y la corte pontificia, se imprimieron en la misma Roma. (Lauer. 1469.) Juan Francisco Pico de la Mirandola al manifestar en el concilio Lateranense el comun deseo de una reforma, declamó contra la ambicion, la avaricia y el libertinaje del clero, con tal osadía que ningun reformado se atrevió á tanto. Menot en su latin afrancesado dirigía fuertes invectivas contra los abusos eclesiásticos, y Maillard contra los vendedores de indulgencias (1).

En efecto, cuando un poder no es contrarrestado y guarda á los ojos de todos su carácter sagrado, puede juzgarse sin dejar de venerarle, y las reconvenções que puedan dirigirse no son peligrosas, resultando que quien las hace no une á ellas ninguna idea de ultraje, ni el que es objeto de ellas recibe la menor ofensa. Pero la oposicion religiosa en Italia era irónica, burlesca, incrédula, negaba la verdad y se sometía á ella: en Alemania por el contrario era verdadera, creyente, enérgica y animada por el ódio inextinguible que sus habitantes tenían á los Latinos y se proponía destruir para edificar de nuevo. De aquí provino el que los Alemanes censurasen muchas veces la relajada debilidad de la literatura italiana y francesa; Puyherbault preguntaba (2): « ¿Para qué sirven esos escritores cillos de Italia? Para alimentar el vicio y la » molicie de los cortesanos afeminados y de las » mujeres lascivas, estimular la voluptuosidad, » enardecer las pasiones y destruir en el alma » cuanto tiene de varonil. Mucho debemos á » los escritores italianos, pero desgraciadamente hemos tomado de ellos cosas demasiado deplorables. Sus costumbres huelen á » ámbar y otros perfumes; sus almas son tan » afeminadas como su cuerpo; sus libros no » contienen nada de enérgico, nada digno ni » grande, y ¡ojalá hubieran conservado para sí » solos sus obras y sus perfumes! ¿Quién no » conoce á Juan Boccaccio, á Ángel Poliziano y » á Poggio, paganos todos mas bien que Cristianos? Rabelais inventó en Roma su *Pantagruel*, que era una verdadera peste para los » mortales. Pasa la vida bebiendo, enamorando » y haciéndose el Sócrates, andando siempre al » olor de las cocinas, manchando el papel con » sus infames escritos, vomitando un veneno

(1) « ¿Suntne hic portatores bullarum? certe ibi est magnus abusus, et miror quod prelati non opponunt remedium. Durandus dicit quod de indulgentiis nihil habemus certum in Sacra Scriptura. Legatis Basilam, Hieronimum, Augustinum: nihil dicunt de indulgentiis. Ita dicunt doctores moderni, et asserunt quod materia indulgentiarum semper fuit dubia. Sed diceret aliqua mulier. « Pater, ego nescio si sint bonæ: nonne melius est capere postquam episcopus misit? » Credo quod capiant partem suam, et omnes sunt fures. Heu! sunt aliqui bullatores qui dicunt quod, si seirent quod pater eorum non cepisset, nunquam orarent pro eo: ad omnes diabolos. »

(2) *Teotimus de tollendis malis libris*, 1549.